DISCURSO

LEIDO

EN LA UNIVERSIDAD DE SEVILLA

EN EL ACTO

DE LA APERTURA DEL CURSO ACADÉMICO

DE 1875 Á 1876.



DISCURSO

LEIDO EN LA

UNIVERSIDAD DE SEVILLA

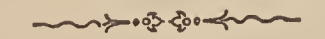
EN EL ACTO

DE LA APERTURA DEL CURSO ACADÉMICO DE 1875 A 1876

POR

DON JOAQUIN ALCAIDE Y MOLINA,

DOCTOR EN LAS FACULTADES DE SAGRADA TEOLOGIA, DE DERECHO, SECCION DEL CIVIL Y CANÓNICO, Y DE FILOSOFIA Y LETRAS, DECANO DE ESTA ÚLTIMA FACULTAD Y CATEDRÁTICO POR OPOSICION DE LITERATURA CLÁSICA, GRIEGA Y LATINA, EN LA UNIVERSIDAD LITERARIA DE SEVILLA, ACADÉMICO DE NÚMERO DE LA REAL SEVILLANA DE BUENAS LETRAS ETC. ETC.



SEVILLA:

Imprenta y Librería Española y Extrangera

de D. Rafael Tarascó, Sierpes 73.

1875.



Ilustrísimo Señor:

Loable costumbre ha sido siempre, aun entre los profesores más expertos en el arte de la palabra, declarar, en circunstancias como ésta, la turbacion de su espiritu, ante lo elevado de vuestra sabiduria, la ilustracion del auditorio y el significado trascendental de esta solemnidad literaria. Yo, ménos que ninguno de ellos, podria prescindir de tal declaracion, pues sin duda, más que todos, hállome confundido y necesitado de vuestra indulgencia. Momentos hay en los que apenas acierto á esplicarme cómo pude ceder, sino en virtud de debida obediencia, á las indicaciones del ilustre Gefe de esta Escuela, dejando así unir mi humilde nombre al de los varones venerables por sus años y virtudes, por su saber y elocuencia, que me han precedido en esta cátedra.

Hácese mas viva mi emocion al recordar quien fué

el insigne orador que llevó la voz de la Facultad de Letras, que tan indignamente represento, la última vez, hace ya seis años, que habló desde este sitio; él entonces con sentida frase doliase de la falta del amado compañero, tan modesto como sábio sacerdote, que acababa de desaparecer de entre nosotros. ¡Qué diria hoy, si contemplase los numerosos vacíos que se advierten en los asientos de este cláustro! ¡Ah! que la muerte háse mostrado cruel y despiadada con esta Escuela desde entonces acá; ella cortó en flor el porvenir de los jóvenes Auxiliares Ascarza, Alvarez-Surga, Gonzalez Irigoyen y Martinez Sousa, que pasaron por esas áulas, cual brillantes meteoros y cayeron agostados por su laboriosidad y afan de saber; ella con inflexible avaricia ha ido eligiendo sus víctimas de entre lo mas granado y respetable de nuestros comprofesores, privándonos ¡implacable! uno tras otro, del elocuente Arboleya, del docto Álava, del erudito Colon, del sábio y persuasivo Gutierrez Laborde; ella, en fin, acaba de arrebatar á nuestro cariño al elegante poeta, castizo escritor, entusiasta académico y eminente crítico Fernandez-Espino, destello vivísimo de la esplendente escuela literaria que, realzando aun más las glorias de Sevilla, fundaron y sostuvieron en la primera mitad de este siglo los celebrados Lista y Reinoso; Fernandez-Espino, idólatra de la dignidad del magisterio y de la enseñanza pública, ni un dia dejó de procurar su brillo, ya como Profesor, ya como Gefe, hasta que sus mismos afanes literarios le llevaron al sepulcro, ciñendo la triple corona del sábio, del conse-

cuente patricio y del honrado caballero. Dispensadme rinda este escepcional homenage de admiracion al maestro y al amigo, pues hasta mengua nuestra sería que la opinion y la prensa periódica hubiesen esparcido lágrimas y palmas sobre la tumba de nuestro ilustre compañero, y que nosotros la contemplásemos con ojos distraidos y secos, muda la lengua y quieto el corazon.

Dominando cuanto me sea dable estos sentimientos, voy á procurar satisfacer las exigencias de mi encargo, ofreciendo á vuestra benevolencia *algunas consideraciones histórico-literarias sobre la poesía satírica y especialmente sobre la sátira latina, como reflejo de la vida social de Roma*, que, si nada han de añadir á los conocimientos que poseeis, demostrarán al menos que los principios filosóficos en que se basa hoy la ciencia literaria y los procedimientos crítico-históricos que emplea, han cambiado el aspecto de los estudios de la antigüedad clásica, á cuya enseñanza por vocacion y deber me dedico, dándole un nuevo interés verdaderamente humano.

I.

La crítica literaria de nuestros dias, estudiando las letras clásicas con ese elevado sentido histórico, no puede satisfacerse ya con los trabajos puramente expositivos, de simple interpretacion y comento, objeto especial de los

humanistas de las últimas centurias: y sin despreciar, ántes bien recogiendo con avidéz los tesoros de erudicion debidos á su incansable celo, dirige sus esfuerzos á descubrir en las creaciones de la literatura clásica, griega y latina, las huellas de la civilizacion helénica y romana: y las producciones en que ántes solo se admiraban la hermosura de la forma, los primores de la versificacion y las galas del lenguage, ofrécennos hoy bellezas de mayor estima, consideradas como monumentos de cultura en que han quedado esculpidos el génio, el carácter, las costumbres, los ideales y la vida entera de esos dos pueblos, á quienes cupo la suerte de vivir y llenar el período más brillante del mundo antiguo.

Apreciada con este criterio la Literatura griega, sin dejar de servir de solaz y de agradable recreo al espíritu, viene á ejercer un ministerio mas alto, iluminando con sus reflejos la historia religiosa, social, política y civil de aquel pueblo extraordinario, apareciendo sagrada y sencilla en sus orígenes, varonil y pintoresca en su juventud, culta, brillante y reflexiva en su virilidad, y erudita, lánguida y descolorida en sus últimos dias. Los himnos, ya religiosos, ya épicos, espontánea y primera manifestacion de su inspiracion poética, revelan desde luego la fé ingénua, la sencillez de costumbres y el carácter teocrático y feudal de aquellos primitivos tiempos. La Epopeya homérica, envidia de todos los pueblos, no se ofrece ya solo como eterno modelo artístico, sino que al través de sus bellísimas formas descúbrese la genuina espresion de la edad heróica, dejando ver á la raza

helénica con sus poéticos y fabulosos orígenes, con su teología antropomórfica y sus fatales creencias, con sus rudas y pintorescas costumbres, con sus funestos odios y terribles venganzas, con sus universales aptitudes artísticas y sus instintivas aspiraciones cosmopolítas: poco despues viene Hesiodo á completar el cuadro de aquella generacion, pintando con mágico pincel los progresos de las artes prácticas, la agricultura, la industria y el comercio, y fijando la historia de la Mitología y del culto á los oráculos, lazo el más fuerte de aquellos pueblos independientes y libres. Más tarde, cuándo la civilizacion adelanta, cuando el influjo de lo maravilloso desaparece, cuando la experiencia, ayudada de la reflexion, observa los fenómenos de la naturaleza y estudia y compara los hechos de los hombres, la Poesía épica cede su puesto á la Historia, su heredera inmediata, y la inmortal Iliada vése reemplazada por las descripciones candorosas de Herodoto, las reflexivas narraciones de Tucídides y los artísticos relatos de Jenofonte, así como la Poesía didáctica de Hesiodo, continuada en forma popular y sentenciosa por Solon, Theognis, Focílides y Pitágoras, expone sistemas especulativos completos en Jenófanes, Parménides y Empédocles, que vienen á ser los predecesores de los filósofos, como los poetas épicos lo habian sido de los historiadores. A la vez, y expresando lo más íntimo de los sentimientos de aquel pueblo de artistas, vivo, impresionable, frívolo alguna vez, grande siempre, ofrécenos su hermosa literatura la sorprendente variedad de su poesía lírica en los cánti-

cos patrióticos de Tirteo, en los versos satíricos de Arquíloco y de Simónides, en las inspiraciones apasionadas y amorosas de Alceo y de Safo, en las alegres y dulces estrofas de Anacreonte y en los geniales y sublimes arranques de Píndaro. Pero no es ésto solo; si se quiere admirar á ese pueblo en la madurez de su cultura y en el apogeo de su civilizacion, estúdiese en esa magnífica síntesis de todos los géneros poéticos, que entonces se desarrolla y eleva á un grado de inimitable perfeccion, en el Drama, y se verá cómo la Tragedia, arrancando los más vigorosos cuadros de su ciclo épico, excita todas las emociones que ofrecia su historia tradicional en las maravillosas concepciones de Esquilo, Sófocles y Eurípides, asi como la Comedia, con el mordaz y sarcástico Aristófanes, retrata al vivo las realidades de actualidad, satirizando á los sofistas y falsos patriotas, burlándose de la docilidad inconsciente de aquella sociedad democrática, y ridiculizando cruelmente sus debilidades, envidias y bajezas. Y si, por último, se quiere penetrar del todo en la vida social y política de aquel pueblo, bastará leer las elocuentes oraciones de Isócrates, de Esquines y especialmente del gran tribuno Demóstenes, en que se describen con candente palabra las rivalidades de los Estados, las intrigas de los partidos y las veleidades del pueblo, excitando sus pasiones generosas para salvar la independencia y la gloria de su pátria. De igual manera, al llegar la época alejandrina, el carácter puramente crítico y erudito de todas sus producciones demuestra hasta la

evidencia, cómo el pueblo griego, al verse privado de su libertad y quedar sometido á influencias extrañas, pierde su génio creador, su espíritu artístico, y no parece sino que, recogiendo y coleccionando, clasificando y corrigiendo todas las creaciones de su pasada inspiracion y todas las enseñanzas de su fecunda vida, se prepara á servir de maestro al nuevo astro que aparece en el horizonte, rudo, inquieto, batallador, grande en su ambicion, llenando con sus aspiraciones de dominacion universal fines providenciales, que se llama en la Historia, el pueblo Romano. De esta suerte, la Crítica moderna iluminada con la luz de la filosofía, apreciando los cambios en las formas artísticas por los cambios en los sentimientos y en las ideas, comprueba por medio de las producciones literarias las creencias, las costumbres y los movimientos sociales y políticos del pueblo griego y dá al estudio de su Literatura un carácter más fecundo en enseñanzas de todo género.

Graves dificultades encuentra, sin embargo, la Crítica para sacar iguales frutos de la aplicacion de este procedimiento filosófico-histórico á la Literatura latina estudiada en su conjunto. El pueblo romano, constituido escepcionalmente, formado por sucesivas agregaciones de pueblos vecinos, nacidas unas veces de la conquista, otras de hábiles transacciones, no presenta el carácter original y ordenado del griego, pasándose cinco siglos de su existencia sin dar una muestra, no ya de génio literario, sino de poseer siquiera una lengua ca-

paz de expresar verdaderas concepciones artísticas. Roma se funda, se constituye y extiende su dominacion hasta los límites extremos de la península itálica, sin que los penosos trabajos de la agricultura, las luchas contenciosas del Foro, las discusiones de los comicios y del Senado, la guerra y la conquista le dejen tiempo para el cultivo de las letras: los ininteligibles fragmentos de los cantos de los *Hermanos Arvales* y de los *Sacerdotes Salios* y los arcáicos restos de inscripciones y de dudosos textos legales no autorizan á suponer, en tan largo transcurso de años, la menor huella de vida literaria: las aventuradas interpretaciones y peregrinas hipótesis de Nieburh y de Mommsem han sido hasta ahora ineficaces; y si, al finalizar las guerras púnicas y ponerse en contacto con la civilizacion helénica, comenzó el pueblo romano á sentir interés, ó á buscar utilidad en el arte, como dice Horacio;

«Serus enim græcis admovit acumina chartis
Et post púnica bella, quietus, quærere cæpit
Quid Sophocles et Thespis et Eschilus útile ferrent»

hízolo, pretendiendo improvisar una literatura sin más raices ni guia que la imitacion y aceptando sin discernimiento el fiero vencedor la cultura artística de la vencida Grecia.

Græcia capta ferum victorem cepit et artes
Intulit agresti Latio. . . . .

En confuso tropel aparecen, en efecto, y en completa discordancia con la manera de sentir del pueblo romano, las traducciones é imitaciones épicas y trági-

cas de L. Andrónico, Q. Ennio, M. Pacuvio y L. Accio, los ligeros atrevimientos cómicos de Enneio Nevio, las populares pero alejandrinas copias de Plauto y las cultas refundiciones de Terencio. Todos los géneros se suceden en esta literatura sin órden ni antecedentes nacionales; la poesía didáctica, sin haber pasado por el período popular y gnómico, surge de repente sistemáticamente filosófica en el grandioso poema «*De rerum natura*» de Lucrecio, y descriptiva y práctica en las bellísimas *Geórgicas* de Virgilio. La poesía lírica, la mas íntima al espíritu del hombre, no se desarrolla entre los romanos sino muy tarde y más por el influjo de la moda y del refinamiento social que como expresion sentida de los afectos del alma; así que solo canta los placeres y tormentos del amor en Catulo, Tibulo, Propercio y Ovidio, ó la gratitud á Augusto y la glorificacion del Imperio en Horacio; la misma pulcritud en la forma, regularidad en el metro y elegancia en la diccion demuestran que las elegías de los primeros y las odas del último, más que manifestacion espontánea de pasiones y sentimientos del corazon, son alardes de imitacion griega, cultos esparcimientos de alta sociedad, ó adhesiones poéticas á la política y administracion de Octavio. La Poesía épica tampoco reviste el carácter original y varonil propio de esta clase de composiciones; la magnífica creacion de Virgilio, como escrita en una época de escéptica cultura é inspirada por un sentimiento más cortesano que patriótico, no puede ser la epopeya romana en que el vate

de Mántua reproduzca con enérgica verdad los orígenes, las creencias y las costumbres de los pueblos primitivos de la Italia; la *Enéida* es solo el entusiasta himno de admiracion hácia la familia Julia, la apoteósis de Augusto, el orgulloso canto de victoria de Roma sobre todas las demás ciudades del mundo.

Aun los géneros prosáicos que, por su índole ménos artística, debieran estar más relacionados con el carácter práctico y la vida positiva de los romanos, la elocuencia que mueve sus ánimos, la historia que narra sus maravillosas conquistas, la legislacion que arregla sus intereses y la filosofía que sistematiza sus conocimientos, ofrécense tambien modelados sobre las producciones griegas, y legisladores, filósofos, historiadores y oradores, escepcion hecha de algunos rasgos de fuerza y de varonil energía, propios de su fiero carácter nacional y de la severa estructura de su lengua, siguen dócilmente los ejemplos y lecciones de los escritores y maestros de Aténas, Rodas, ó Alejandria, ilustrándose para codificar sus leyes en las de las islas y colonias griegas, trasplantando, ó mejor historiando los sistemas de Epicuro, de Platon, de Aristóteles y de Zenon, imitando César á Jenofonte, Salustio á Tucídides y Tito Livio á Herodoto, y no hallando Ciceron, representacion gloriosa de la elocuencia romana, medio más seguro para perfeccionarla que el estudio del inimitable Demóstenes. Y cuando llega la época de la decadencia, en medio de las eruditas tragedias de Séneca, de los poemas descriptivos de Silio Itálico y de Valerio

Flaco, de las lecciones retóricas y críticas de Quintiliano y de las incoloras historias de Veleyo Patérculo, Quinto Curcio y Suetonio, aparecen ¡cosa extraña! el gran Lucano entonando, con aliento puramente español y grandilocuencia verdaderamente andaluza, un sublime homenage á la libertad en su inmortal *Farsalia*, y el severo Tácito estigmatizando en las sombrías páginas de sus historias los crímenes de los Césares.

Todo es anómalo é irregular en la Literatura latina; los géneros nacen, se desarrollan y mueren sin órden ni sucesion; los poetas y los escritores expresan sus concepciones en lengua latina, es verdad, pero con ideal prestado, fija su vista en un arte extraño y sin cuidarse para nada de la manera de ser, de sentir y de creer del pueblo en cuya vida debieran inspirarse.

¿Deberá por eso la Crítica desesperar de su procedimiento filosófico-histórico? ¿No hallará ningun género, por medio de cuyo estudio pueda conocer y apreciar el carácter, los sentimientos, las vicisitudes del pueblo romano y la vida íntima de aquella sociedad? Sí; hay un género poético de que los romanos se creen inventores y que, en efecto, si no fué creacion suya, diéronle al menos forma determinada artística y elevaron á modelo eterno para todas las demás literaturas; género bajo este concepto original, género verdaderamente romano, en conformidad con su carácter nacional y capaz por sí solo de explicar, si no la historia de la civilizacion romana, que tanto nos admira, los orígenes y la historia de la corrupcion y desmembramiento de ese gran coloso, de entre

cuyas ruinas y con cuyos despojos hánse formado las nuevas nacionalidades y casi todas las literaturas modernas; tal es, Señores, la Sátira latina, cuya relacion con la vida social de Roma va á ocupar dentro de breves momentos vuestra atencion; prestádmela indulgentes.

II.

Vuestra reconocida cultura literaria, sábios doctores, ofréceme en esta ocasion excusa bastante para prescindir de ciertas explicaciones que, inoportunas aquí, son sin embargo necesarias siempre que de estudiar la sátira históricamente se trata. No recordaré ahora, pues, las encontradas opiniones sostenidas por los escritores del siglo XVI acerca del orígen etimológico de la palabra *sátira*, toda vez que, ya proceda del vocablo griego σατὺρος, segun unos, por la costumbre que tenian los coros satíricos de lanzar burlas á los espectadores de sus licenciosos juegos, ya, segun otros, de la palabra osca *satura* (ramillete de diversas flores) aplicada por el latino Ennio á sus poesias, á causa de la diversidad de metros en que estaban escritas; de estas averiguaciones filológicas poca luz ha de brotar para esclarecer el objeto de este trabajo. Tampoco me detendré en fijár la naturaleza de la sátira y su clasificacion técnica entre los diversos géneros literarios, ni en hacer resaltar su valor estético y moral, pues reconocido por todos está hoy que la sátira es expresion bella de la conciencia humana,

sublevada ante la realidad del mal opuesto al ideal bueno que el poeta lleva en su mente; por eso, risueña unas veces, airada otras, censura, ridiculiza y castiga las debilidades, preocupaciones y vicios de la sociedad; y, ora se la llame género subjetivo-objetivo, como dicen algunos, ora épico-lírico, mixto ó de transicion, siempre quedará que la sátira ha de describir con vivos colores los hechos, instituciones y realidades que levanten en el alma del poeta sentimientos de indignacion, burla, desprecio ó deseo de mejoramiento, dejando ver juntamente un tipo más puro y elevado que forme contraste entre las cosas, como se ofrecen en la vida y como debieran ser, y resultando de aquí la verdadera índole poética y el innegable valor moral de este género literario. Si la poesía satírica ha caido en extravíos, si alguna vez ha enseñado, sin advertirlo, el mal con cuadros exageradamente realistas, si con deliberacion y aun con cruda saña ha combatido creencias é instituciones venerandas, y manchado con la inmunda baba de la calumnia nombres gloriosos y reputaciones inmaculadas, cúlpese, no al género bueno, moral y poético en sí, sino al abuso que de él, como de todo medio artístico y de enseñanza, puede hacerse; ó mejor, cúlpese á la educacion general de la época y del pueblo en que tal suceda, como que la sátira, más que ninguna otra produccion literaria, ha de ser vivo trasunto de las ideas, creencias y costumbres existentes. Breves palabras dedicaré, por último, á la tan debatida cuestion de si la sátira es creacion puramente romana, ó se hallan vestigios de ella en otras

literaturas, especialmente en la griega; los doctos Julio Scaligero, Daniel Einsio, Spanhein, Dacier, Coenig y otros humanistas modernos, hallado hubieran fácil solucion á esta contienda literaria, distinguiendo, como lo ha hecho un profundo crítico de nuestros dias, entre el ingenio satírico y la sátira propiamente dicha. El primero, como inseparable de la naturaleza humana, es tan antiguo como el hombre y se halla en todos los pueblos y en todas las literaturas: siempre y en todas partes la natural malignidad induce á los hombres á reirse y á censurar las debilidades y defectos de los demás; por otra parte, el sentimiento innato de justicia se subleva contra las faltas y delitos á que no alcanza la prevision de las leyes, y contra los viciosos y corrompidos, á quienes la sociedad no solo deja sin castigo, sino que muchas veces prodígales aplausos y honoríficas distinciones; y natural es, en fin, que el hombre procure sacar del espectáculo ó de la descripcion del mal una especie de enseñanza del bien por medio del moralizador contraste de las consecuencias del uno y del otro. Las fuentes, pues, de la inspiracion satírica, como desahogo espontáneo de nuestra propia humana malignidad, como castigo de la conciencia social al vicio y al crímen, y como generoso deseo de mejoramiento moral, son necesarios, permanentes y universales. Los romanos, no obstante, dando al ingenio satírico forma artística especial, metro determinado y carácter eminentemente didáctico, crearon en realidad un género poético, original bajo este

concepto, sin ejemplo en la literatura helénica, pudiendo decir con verdad Horacio, refiriéndose á Lucilio,

«Et Græcis intacti cárminis auctor»

y enseñar Quintiliano con legítimo orgullo romano,

«Sátira tota nostra est...»

Indicados estos precedentes y reconocida en sus justos límites la originalidad de la sátira latina, importa ya examinar cómo se desarrolla y llega á su perfeccion entre los romanos, á la vez que refleja la historia interna de ese pueblo dominador de las gentes.

III.

Al examinar los hechos legendarios ó reales que llenan los primeros siglos de la historia de Roma, la imágen que desde luego á la fantasía se ofrece, es la de un pueblo varonil, de costumbres toscas y severas, de índole dura y enérgica, educado en las dos condiciones más apropiadas para alejarle de toda cultura intelectual: la de agricultor y la de guerrero. Divinidades naturales ó abstractas, religion fria pero de influencia social, poderes públicos con sagacidad distribuidos, familia fuertemente constituida, patriotismo capaz de los mayores sacrificios, amor á la libertad, mayor que el que tiene el comun de los hombres á la vida, aficion á la guerra, tal que sacrificará á ella no solo su reposo, sino su familia y sus hijos, fé in-

quebrantable en los destinos de su raza, y, sobre todo, génio organizador, sentido práctico, amor solo á lo útil, espíritu positivo: tales son los rasgos característicos que distinguen al pueblo romano en esta época de todos los demás de la antigüedad. Ahora bien; con tales cualidades ¿será de estrañar que carezca, mientras aislado viva, de verdadera literatura? No: el penoso trabajo de ensanchar el *agger públicus*, el cálculo interesado, la guerra incesante y las lentas combinaciones de la política ocuparán todo su tiempo y las facultades todas de su espíritu: realizará sin duda con sus hechos una gran epopeya, epopeya histórica que comienza con las empresas heróicas y semi-divinas de los Rómulos y los Numas, continúa de edad en edad con los Camilos, Coriolanos y Cincinatos, con los Gracos y los Scipiones, con los Marios y los Silas, hasta llegar á la soberana figura de César: pero no tendrá génio ni sentirá entusiasmo para cantarla; reunirá todas las deidades oscas, latinas, sabelias, etruscas y hasta griegas; pero, aprisionado su culto en fórmulas rigorosas, no le será dado elevar himnos espontáneamente llenos de humilde veneracion; viviendo sólo para el Estado, educando á los hijos más como ciudadanos que como hombres, no despertando en su alma sino los sentimientos de la pátria y del derecho, carecerá de inspiracion lírica que le mueva á expresar artísticamente los afectos íntimos del corazon. Su ingenio sólo tendrá un desahogo popular de índole satírica en consonancia con su carácter positivo, representado en los *versos*

fesceninos, en los atrevidos *cantos de triunfos* y en las farsas *Atelanas.*

Los versos fesceninos, (cuyo nombre procede de Fescenia, ciudad de la Etruria, segun unos, y de la palabra *Fascinus,* Dios del maleficio, al decir de otros) aparecen como de muy antiguo cultivados entre los pueblos agricultores del Lacio, y consistian, ateniéndose á lo que nos refieren Virgilio y Horacio, en juegos de regocijo y espansiones burlescas que despues degeneraron en agudezas licenciosas y en injurias insultantes, formuladas en toscos diálogos llenos de intencion y atrevimiento. Nada hay de artístico ni de literario en ellos; pero sirve su aparicion para mostrar no solo que el génio satírico tiene raices antiguas entre los romanos, sino cuan groseras fuesen durante largo transcurso de tiempo sus costumbres y diversiones.

Esta poesía fescenína, proscrita por los magistrados á causa de su licencia, reaparecía en los coros con que festejaban los jóvenes en las nupcias á sus amigos, y se conservó especialmente en los cantos satíricos con que á la rudeza militar y á la altiva libertad republicana le fuera permitido burlarse, ya de los defectos físicos, ya de las debilidades ó vícios del general que, coronado de laureles, victoreado por el pueblo, entre nubes de incienso y bosques de enseñas, y seguido quizá de Reyes vencidos, subia triunfante al Capitolio. Ignórase cuando comenzaron estos llamados *cantos de triunfos*; sábese, sí, que subsistieròn largo tiempo, y hasta se han conservado algunas muestras que

dejan adivinar su antíguo carácter. Bastará citar un solo ejemplo para ver que ni el gran nombre de César, ni el prestigio á sus victorias debido, le pusieron al abrigo de las invectivas y sarcasmos de la soldadesca que, en medio de las atronadoras aclamaciones del triunfo, le cantaba aquellos tan conocidos versos,

«Urbani, servate uxores, mœchum calvum adducimus.
Aurum in Gallia effutuisti; hic sumpsisti mutuum.»

ó aquellos todavía mas infamantes y no menos licenciosos.....

Gallias Cæsar subegit, Nicomedes Cæsarem.
Ecce Cæsar nunc triumphat, qui subegit Galliam;
Nicomedes non triumphat, qui subegit Cæsarem.»

y en los que se recuerdan torpezas que no son para reveladas. Fácilmente se comprenderá que si tales libertades se tomaban los soldados á la faz del dia y en tan solemnes ocasiones con sus generales victoriosos, no debian ser menores las que el pueblo, ora oculta, ora públicamente, se permitiría con los Senadores, Magistrados y Patricios, siempre que en su tenaz y gigantesca lucha con estos últimos, se tratára de negarle algun derecho ó de limitar en algo las atribuciones de su, á tanta costa adquirida, ciudadanía. Como era natural, el ingenio satírico, tan apropiado al carácter romano, no habia de circunscribirse á los rústicos versos de los labradores, á los epigramáticos dichos de los amigos en los dias de boda, á los coros injuriosos de los soldados y á las punzantes censuras del vulgo, sino que habia de encontrarse tambien en los esparcimientos de

ánimo de su orgullosa aristocracia; y, en efecto, los pa-
tricios hubieron de aprovechar la ocasion de manifes-
tarlo, revistiéndolo de forma mas complicada, aunque
todavia iliterata y grotesca, en las llamadas *farsas Ate-
llanas*; estas piezas (ya fuesen de orígen osco, ya de pro-
cedencia etrusca) llegaron á aclimatarse en Roma y
puestas en escenas por jóvenes patricios y representando
una relacion préviamente consignada, burlábanse cruel-
mente de las últimas clases sociales, complaciéndose so-
bre todo en satirizar los tipos cómicos populares. Vése,
pues, cómo entre los romanos de estos cinco primeros
siglos, aunque no han tenido ni voz épica que, reflejan-
do las creencias populares, cante sus orígenes, sus glo-
riosas conquistas y sus contínuos movimientos políti-
cos interiores, ni fé inspirada para elevar humildes ple-
garias á los dioses, ó himnos entusiastas en su loor, ni
fuego ó delicadeza de alma para expresar con ardiente
lirismo las pasiones y afectos del corazon; el génio satí-
rico-vigoroso y exuberante recorre todos los tonos y adop-
ta todas las formas compatibles con su rudeza de cos-
tumbres, su falta de cultura artística y su positivo ca-
rácter nacional.

De igual suerte, cuando terminada con feliz éxito la
segunda guerra púnica, punto supremo de la gloria mi-
litar romana, la poesia ejerza por primera vez su dulce
influjo sobre la belicosa descendencia de Rómulo

«Púnico bello secundo, musa primatu gradu,

Intulit sese bellicosam in Romuli gentem feram,»

como dice Aulo Gelio; cuando la conquista de la Si-

cilia, de la Macedonia, del Asia menor, del Egipto y de la Grecia, y el contacto con las delicadas artes helénicas y el lujo y refinamiento oriental modifiquen las necesidades, los gustos, las costumbres y las aspiraciones de la raza latina; cuando los artistas y poetas griegos lleven á Roma los recuerdos de su inspiracion, y transformen, enriqueciéndola, la lengua latina, y cambien en cierto modo el carácter romano, y ofrezcan con febril complacencia á sus vencedores traducciones, copias é imitaciones de sus más renombradas creaciones poéticas, y hasta logren echar los fundamentos de una nueva literatura; entónces tambien sola la manifestacion satírica se elevará á la dignidad de obra literaria original, y revestida de forma artística por Ennio, y señalada su tendencia marcadamente didáctica, será la única produccion romana que exprese fielmente las revoluciones morales, políticas, sociales y literarias que se verifiquen en el seno de aquella sociedad.

En efecto, las diversas fases que, á partir de esta época hasta su total disolucion, ofrece el pueblo romano en política, religion, literatura y costumbres, retratadas se hallan con los más vivos rasgos en los grandes satíricos latinos Lucilio, Horacio y Juvenal: censores profundos, generosos y poéticos, no solo advierten con la burla, la ironía, el chiste ó el sarcasmo á la sociedad en que viven, de sus preocupaciones, ridiculeces, vicios, debilidades y crímenes, sino que, para hacerlas eficaces, dan á sus sátiras el tono más apropiado y las revisten de la forma más conveniente á las aficiones del

momento, acompañándolas siempre del ideal más puro, con cuya realizacion alcanzaríase el mejoramiento deseado.

IV

Lucilio, el primer romano que por solo el amor á la belleza cultiva la poesía, el fundador verdadero de la sátira latina, como género literario, es intérprete fiel, severo y moralizador de la sociedad de su tiempo. Trátase de la generacion que sucede á los tenaces y fieros vencedores de la segunda guerra púnica. Roma no experimenta desastres en el interior, ántes bien, victoriosa siempre, añade á las conquistas realizadas los nombres famosos de Numancia, Corinto y Cartago; pero en el interior surgen terribles luchas de clase, como la revolucion de los Gracos y la llamada guerra social. Por otra parte, el viejo prejuicio romano, la intolerancia de Caton contra las artes y las ciencias griegas, no es ya más que un recuerdo casi ridículo; la cultura helénica ha obtenido carta de ciudadanía; háse reconocido que se pueden estudiar los poetas y filósofos griegos, y hasta hablar su lengua y ser buen ciudadano romano. Los Scipiones, los Lelios, los Mummios, los Rutilios Rufos, ciudadanos activos, inteligentes, nombres gloriosos, saben conciliar sus deberes para con la pátria con sus aficiones artísticas y

literarias, su respeto á la antígua tradicion nacional con una cultura más ámplia y espansiva. Mas las inmensas riquezas adquiridas en tan dilatadas conquistas, el lujo, las seducciones de la moda, los refinamientos del moviliario, del vestido y de la mesa importados de Grecia y del Oriente, la ociosidad y la molicie, en fin, han maleado el fondo social y corrompido profundamente las costumbres.

Lucilio fija su mirada en ese cuadro y con severas tintas, pero con imparcialidad, lo traslada, embelleciéndolo, á sus sátiras. Buen ciudadano ante todo, ama á Roma y hace este magnífico retrato de su gloria militar,

«Ut pópulus romanus victus vi et superatus præliis,

Sæpe est multis, bello vero nunquam, in quo sunt omnia,»

pero lanza contra la semilla de la indisciplina esta terrible advertencia,

«Legiones per stipendium tantum jam inserviunt.»

Ingenio libre é inteligencia cultivada, aboga por la asimilacion, no por la copia, de las letras griegas en las latinas y satiriza tanto á los intransigentes idólatras del rudo arte romano, como á los innovadores imprudentes por puro desprecio á lo nacional y antiguo. De noble linage, de crecida fortuna y ardiente republicano, no se afilia, sin embargo, á partido alguno, deseando conservar su independencia para defender solo la causa de la justicia y de las buenas costumbres: y autorizado así con el respeto que su rígida moral imponía á todos, permítese censurar los cambios políticos y las innovaciones sociales, hiere con encono

tanto á los patricios que, fiándose de su elevada posicion, pretenden conculcar impunemente las leyes, como á los jueces que trafican con la justicia, y amenaza con la indignacion popular á los senadores y generales que han deshonrado á Roma, inspirando á Yugurta la idea de que se vendería la augusta representacion de aquel gran pueblo, si la comprasen á buen precio: los refinamientos de la mesa le causan repugnancia, dirigiendo á los que á ellos se entregan estas sarcásticas palabras:

«Vívite lurcones, comedones, vívite, ventres.»

y al inspirarle lástima unas veces, indignacion otras, motivos de enseñanza siempre, las creencias supersticiosas de la plebe, las afeminadas costumbres de la juventud patricia, la soberbia indómita de la muger dotada y el lujo que se desborda por todas partes, termina su obra con esta admirable descripcion de la virtud, recogida y conservada por Lactancio:

«Virtus, Albine, est pretium persolvere verum
Queis in versamur, queis vivimu' rebu', potesse:
Virtus est homini, scire id, quod quæque habeat res.
Virtus scire homini rectum, útile, quid sit honestum,
Quæ bona, quæ mala item, quid inútile, turpe, inhonestum.
Virtus quærendæ rei finem scire modumque:
Virtus divitiis pretium persolvere posse:
Virtus, id dare quod re ipsa debetur honori:
Hostem esse atque inimicum hominum morumque malorum,
Contra defensorem hominum morumque bonorum;
Magnificare hos, his bene velle, his vivere amicum:

Commoda præterea patriæ sibi prima putare,
Deinde parentum, tertia jam postremaque nostra.»

De este modo la sátira latina, en la pluma de su fundador Lucilio, aparece severa, personal, con carácter eminentemente didáctico, y deja ver con toda verdad expuesto el momento crítico en que se verifica de un lado la fusion de la cultura helénica con la romana, y de otro el comienzo de la corrupcion y relajamiento de costumbres que insensible pero rápidamente habian de llevar á Roma á su desmembramiento y ruina.

V.

Un siglo más tarde, bajo el régimen monárquico iniciado por César y completado en Augusto, el gran poeta lírico Horacio con la sonrisa en los labios y con arte seductor describirá de inimitable manera en sus sátiras el modo de vivir de aquella sociedad culta, elegante, pero distraida y profundamente inmoral, presentándole á la vez, si no purísimas y morales enseñanzas, lecciones de su inmenso saber, de su perfecto conocimiento del corazon humano y experiencia del mundo, y de su delicado y esquisito gusto artístico y literario. ¿Cómo se aparece Roma á la mente del poeta?

El mundo civilizado ha caido bajo la dominacion romana; desde el Eúfrates al Atlántico y desde el Da-

nubio á los desiertos de la Libia, su carro de triunfo ha recorrido y subyugado todos los pueblos de la tierra; Roma es la dominadora universal, la señora de las gentes. Pasaron las peligrosas sediciones tribunicias, las sangrientas guerras civiles, las horribles proscripciones, las dictaduras perpétuas, los triunviratos y las últimas convulsiones de la vida republicana; el Imperio aparece, César Octavio es saludado como el bienhechor de la humanidad; el templo de Jano ciérrase por segunda vez, despues de Numa, y la paz universal sumerge á las naciones en una especie de recogimiento en que no se percibe más que la imponente magestad de la ciudad eterna. La libertad desaparece y comienza la tiranía; un solo hombre rige los destinos del mundo; pero ese hombre de gran inteligencia, aunque de frio corazon, político sagaz y administrador entendido, es sobre todo el tipo acabado de la hipocresía soberbia y calculadora, representacion viva del génio romano de entónces; habitará una modesta casa en el monte Palatino, en nada modificará la constitucion exterior del Estado, el sufragio popular le elegirá cónsul, general, tribuno, sumo pontífice, censor, príncipe; todas las dignidades y poderes estarán en su mano, pero serán debidas á la eleccion; escogerá para compañeros suyos de consulado á los que debian ser sus más implacables enemigos, el hijo de Ciceron, los Poliones, los Pisones, los Lépidos, los Léntulos, los nombres más ilustres de la República; su hábil y flexible carácter concluirá por hacer aceptar á todos una usurpacion y un poder que

es la verdadera ruina de la libertad; cambiaráse bien pronto su nombre de Octavio en el de Augusto, el Senado le declarará sobre las leyes y, exaltado como un Dios, los poetas cantarán su apoteosis y el mundo admirado verá en él la viva encarnacion de la grandeza y divinidad del poder de Roma.

Sabido es, por otra parte, que la religion fué siempre en Roma una fuerza organizada á disposicion de los políticos: por eso en esta época, aunque en todo el imperio no hay un solo hombre ilustrado que admita ya las fábulas del politeismo, todos reconocen la necesidad de una religion oficial y procuran atajar los pasos del escepticismo y los progresos de las creencias, supersticiones y ceremonias monstruosas de los cultos asiáticos. Augusto querrá restaurar el culto nacional, reedificará los templos destruidos y levantará otros nuevos, afectará gran celo en el cumplimiento de las prácticas religiosas, hará que los poetas canten á los antiguos Dioses del Lacio y celebren las fiestas instituidas en su honor, ensayará dar vida y movimiento á esas frias abstracciones y groseras alegorías que palidecen ante las espléndidas divinidades de Grecia y del Oriente, pero no logrará galvanizar siquiera el cadáver del politeismo romano: habrá supersticiones en el pueblo, hipocresía en las clases elevadas, pero la fé y las creencias habrán muerto para siempre.

El mismo sendero siguen las costumbres; los desórdenes indicados en la época de Lucilio hánse agravado, extendiéndose y siendo tolerados á lo ménos por

todos; la familia, base de toda sociedad bien organizada, puede decirse que ya no existe; la facilidad del divorcio y el adulterio admitido sin escándalo, han mi nado sus fundamentos; el lujo de las mugeres arroja á los hombres al celibato, de tal manera que ni las amenazas de las leyes, ni las ofrecidas recompensas pecuniarias y honoríficas les llevan al matrimonio, aunque sea un matrimonio tan vecino al divorcio. La supresion de la vida pública y su consecuencia, la ociosidad, acaban de desmoralizar á los romanos que se entregan con una especie de furor á todas las locuras de los goces materiales y de la disolucion; las gentes ricas pasan el tiempo entre los juegos del Circo y del Teatro, los viages de placer ó la sibarítica estancia en las espléndidas *villas* de la Campania, mientras el pueblo, sucio, harapiento y bullicioso, vive del Estado ó del César, pasa su vida en la holganza y asiste indolente á las representaciones escénicas, é impasible á las matanzas del anfiteatro. Compréndese fácilmente con qué sarcástica ironía declama Augusto en cierta ocasion delante de ese pueblo miserable este magestuoso verso de Virgilio:

«Romanos rerum dominos gentemque togatam.»

En medio de esta corrupcion social la lengua y las letras latinas llegan, sin embargo, á su mayor apogeo y esplendor; Augusto y su ministro Mecenas las protejen y colman de favores y beneficios y honran con su cariñosa amistad á los escritores y poetas; organizánse bibliotecas, se establecen lecturas públicas

y se señalan premios á los vencedores en los certámenes literarios; pero es porque las letras y sobre todo la poesía, puesto á devocion del Imperio, le servirán de medio de gobierno y de poderosísima influencia para sostener su poder y glorificacion.

Tal es, señores, la imágen ligeramente bosquejada del mundo romano en la época en que vive Horacio: y este gran poeta, maestro perfecto en el arte difícil de hacer fáciles versos, logra reflejarla en sus sátiras con toda verdad, sin que sus censuras encuentren resistencias sociales ni prohibiciones políticas. Describiendo más bien que satirizando, punza sin herir, encubre las alusiones en los tipos que crea, fiel al sabio precepto

«Parcere personis, dícere de vitiis,»

y se coloca él como objeto de sus burlas, cuando estas pueden parecer algo intencionadas. Filósofo discretamente epicúreo, fórmase una moral no pura, sino enemiga de los excesos, excitando siempre á la moderacion y á la tolerancia; reprueba la omnipotencia concedida á la riqueza, pero reconoce su importancia y necesidad, aun para los goces morales....

«Vilius argentum est auro, virtutibus aurum ..
O cives, cives, quærenda pecunia primum est,
Virtus post nummos.
. . . . Ille
Clarus erit, justus, fortis, sapiens et rex.
Et quidquid volet.
Et genus, et virtus, nisi cum re alga est....

Cortesano reconocido, pero independiente, asóciase á

Augusto en sus propósitos de reformas de costumbres, pero sin apartarse un momento de la delicadeza en la advertencia y de la dulzura en la reprension, que solo se adquieren en los centros de elegante y respetuosa sociedad. Hombre de mundo y de experiencia, toca los resortes más ocultos del corazon humano y, mostrando con la sonrisa en los lábios sus debilidades y preocupaciones, sabe sacar más fruto del oportuno chiste ó de la fina ironía, que del orgulloso desprecio ó del sarcasmo cruel. Poeta, en fin, de poderoso génio y de inmensa ilustracion, seduce y arrastra en sus admirables descripciones, en sus oportunos toques y en la artística expresion de sus pensamientos. Por eso la sátira horaciana ha venido á servir, no solo de recreativa enseñanza del estado social de la Roma de Augusto, sino de modelo acabado del género satírico en toda época de costumbres cultas y refinadas.

VI.

¡Cuán diferente carácter reviste la sátira bajo los sucesores de Augusto! La severidad en la crítica, la crudeza en la pintura y los violentos rasgos de Juvenal, reemplazan á la gracia, la urbanidad y la mesura de Horacio; pero Horacio no conoció á Seyano, ni á Mesalina, ni á Domiciano; las disolutas saturnáles de los Césares y la bajeza del pueblo romano necesitan

en este período otros colores, otro estilo y hasta otra lengua. La corrupcion es tan grande y tan monstruoso el despotismo, que es difícil resistir al deseo de castigarlos:

«Difficile est sátiram non scribere....»

y aunque falte génio, dice el poeta, de la indignacion brotan versos satíricos:

«Si natura negat, facit indignatio versum.»

Eclipsada por completo la libertad, rebajados á la vileza los caractéres, convertidos el espionage y la delacion en cargos retribuidos, los recelos de la tiranía son tan suspicaces, que se ignora si será permitido ocuparse siquiera de los muertos.

«..Experiar, quid concedatur in illos,
Quorum Flaminia tegitur cinis atque Latina.»

Y, sin embargo, apesar de estos peligros es tan inmediata la relacion de la poesía satírica con la época en que se escribe, que las sátiras de Juvenal son la fuente histórica más rica y exacta para estudiar las costumbres y la vida de la sociedad romana desde Tiberio hasta Adriano. Roma aparece en ellas viva, palpitante; en verdadero panorama el poeta va ofreciendo á nuestra vista las sombrias figuras de los Césares, los degenerados patricios, los libertos ensoberbecidos con sus mal adquiridas riquezas, los peligrosos extrangeros y los afeminados griegos entregados á toda suerte de pequeñas é ilícitas industrias, las inconcebibles supersticiones de las religiones orientales, la ambicion é impúdica miseria de los pobres, la in-

famia de unas clases, la hipocresía de otras, el lujo y la corrupcion, en fin, con sus crímenes y flaquezas, llevando á aquellos romanos que habian avasallado el mundo, á un estado de humillacion é impotencia, que no aciertan á conservar siquiera la dignidad de hombres.

La misma literatura, entregada á las vulgaridades de la ignorancia y á los violentos discreteos de los retóricos, puede decirse que muere y desaparece, siendo el último gran poeta de Roma un poeta satírico, el severo Juvenal. El mundo antiguo romano no tiene ya génio sino para condenarse; las sociedades, como los indivíduos corrompidos, no encuentran en el dia de la caida sino el remordimiento y hasta el desprecio de sí mismas. Mas, bien pronto una nueva luz iluminará aquella sociedad en el abismo caida, y el Cristianismo con su sávia vivificadora reanimará aquel coloso desfallecido, sacando de él á la vida de la verdad y del bien nuevos y vigorosos pueblos, extendiendo por el universo su fecunda y salvadora civilizacion.

VII.

Ved, pues, señores, como la crítica literaria de nuestros dias, aplicando al estudio de las letras clásicas griegas y latinas su método filosófico-histórico, no fi-

jándose solo en la forma exterior de las producciones, sino apreciando los cambios en los modos artísticos en relacion con las modificaciones en la manera de ser de aquellas sociedades, ha dado á estos estudios nuevo y universal interés, abriendo á sus cultivadores luminosos y más ámplios horizontes. Así la literatura griega aparece en admirable conjunto, original y ordenada, respondiendo cada género y cada forma á una necesidad de la vida social ó á un matiz del pensamiento ó de los afectos del alma, compenetrándose mútuamente las letras y la historia de ese pueblo extraordinario: y si en el Arte Latino no ha podido hallar la Crítica esta armonía entre la vida del pueblo romano y su literatura, por ser ésta de carácter imitador y en cierto modo una literatura sobrepuesta, todavía ha encontrado en la poesía satírica y más propiamente en la *sátira* un género nacional que, advirtiendo con dureza en Lucilio, ridiculizando con el chiste en Horacio y castigando con la indignacion y el sarcasmo en Juvenal, refleja fielmente aquella civilizacion romana que amasada con la sangre de tantos pueblos, ilustrada por las artes griegas, corrompida por su misma grandeza, humillada por la tiranía y envilecida por la corrupcion, ve salir, sin embargo, de su seno la doctrina de toda verdad y la luz de infinita belleza que ha de redimir á los pueblos y ha de crear más variadas, ricas y brillantes literaturas.

He concluido, Ilmo. Señor: permitidme, sin embargo, que antes de bajar de esta cátedra cumpla un gra-

to deber de compañerismo, saludando cariñosamente á los nuevos adalides de la enseñanza médica que vienen á compartir con nosotros los fecundos trabajos académicos. El Gobierno de S. M. estimando en cuanto valen los sacrificios hechos por la Excma. Diputacion de esta provincia en la creacion y fomento de la Escuela libre de Medicina, el entusiasmo é incansable celo de su ilustrado Director, los afanes y laboriosidad de sus dignos Profesores y la justificacion con que han sellado todos sus actos, ha premiado tantos desvelos, declarando *públicos* sus estudios y uniéndolos así con lazos oficiales á este ilustre Rectorado. Sean bien venidos; y enlazados con abrazo fraternal á nuestra insigne y famosa Facultad de Cádiz y á sus renombrados profesores, elévense y apliquen los maravillosos progresos de la ciencia moderna en bien de la humanidad y gloria de sus respectivas escuelas.

Poco tengo que decir á las demás Facultades y á sus sábios catedráticos: que no desmayen ni un momento en su santa mision; que, no olvidando los peligros que la fé y la verdadera ciencia corren en los tiempos presentes, procuren no solo ilustrar con sanas doctrinas la inteligencia, sino dirigir al bien el corazon de esa juventud que, llena de ilusiones, ansiosa de saber y con deseos de ilustrar con sus nombres los de sus familias y de nuestra hoy desdichada pátria, acude respetuosa á recoger en sus lecciones la semilla de su futura felicidad. Unidos, pues, Gobierno, profesores y alumnos en un mismo fin, la difusion de la

ciencia y de la verdadera moral, y en un mismo deseo, la ventura y gloria de España, contribuyamos por nuestra parte y con nuestros esfuerzos á que la Universidad de Sevilla añada cada dia nuevos timbres á su esclarecida historia y aparezca siempre cual astro refulgente en el luminoso cielo de las Ciencias y de las Letras españolas.

HE DICHO.

